

El pueblo rarámuri a través de la narración autobiográfica de un docente mestizo

Iván David Erives Hernández

Universidad de Durango

ideh24@hotmail.com

Alma Rosa Armendáriz Sigala

Universidad de Durango

armendarizsigala@yahoo.com.mx

Resumen

La historia de vida, particularmente el relato autobiográfico, permite una sinergia histórica-literaria-filosófica que por medio de la narrativa (Ferrarotti, 2007) encuentra su cometido epistémico en Heidegger. A demás mi condición laboral facilita la investigación *in situ*, pues es entre este pueblo donde me encuentro viviendo.

El asiduo debate de que si aporta o no una historia de vida al conocimiento científico va más allá de nuestra competencia, déjese a la filosofía de la ciencia y a sus exponentes este análisis, no vaya a pasarnos lo que a Ludwig Wittgenstein (Migueluez, 1997/2007), que volvió sobre sus propios pasos para convertirse en su más duro crítico.

Por lo demás, el relato autobiográfico que narro tiene el firme propósito de mostrar, más allá de mí, al pueblo rarámuri de principios del siglo XXI, el cual, muy en el fondo, conserva los esquemas y los valores que en el siglo XVII, y posteriormente a finales del siglo XIX, los misioneros jesuitas (León, 1910/1999) y Carl Lumholtz constataron.

Palabras clave/Keywords Historia de vida, relato autobiográfico, narrativa, hermenéutica, filosofía de la ciencia, pueblo rarámuri

Introducción

La siguiente, es una pequeña parte del complejo mundo del rarámuri, mismo en el que me he visto inmerso desde 2009, año en que arribe al Municipio de Guachochi, justo en el corazón de la Sierra Tarahumara, después de varios ciclos escolares recorriendo la porción chihuahuense del tristemente célebre Triangulo Dorado.

A vuelo de pájaro, expongo la historia de la Nación Rarámuri; relato también el contexto en que se desenvuelve este prehispánico pueblo, que en fechas recientes ha sido inmerso en un acelerado proceso de aculturación, consecuencia de la disminución de las distancias gracias a la red carretera y a la telefonía celular, que han favorecido la inserción de la escuela y la migración de las familias a los centros urbanos.

EL PUEBLO RARÁMURI A TRAVES DE LA NARRACIÓN AUTOBIOGRÁFICA DE UN DOCENTE MESTIZO

La historia de la Nación Rarámuri, inicia con la llegada del blanco a estas tierras. Antes, poco se sabe de ellos, pues es la narrativa oral su principal instrumento de transmisión cultural. Es la historia oral su mecanismo de perpetuidad.

1. Historia del pueblo rarámuri

En el Estado de Chihuahua se encuentran asentadas cuatro etnias indígenas, los rarámuri, los tepehuanos, los pimas y los guarojios (Tarahumara, 2009). De estos cuatro pueblos

originarios, la etnia Rarámuri es la de mayor presencia tanto en población como en dispersión; de hecho, el nombre de la sierra donde se localizan estos pueblos está inspirado en los rarámuri, llamados tarahumaras por los españoles y posteriormente por los mestizos (Rodríguez, 1982/1994), y ahora por todo el mundo. Éste grupo en particular, fue descubierto por el jesuita catalán Juan de Fonte, en el año de 1614 (León, 1910/1999).

Pueblo comúnmente dócil, aunque esquivo y desconfiado, alguna vez se vio envuelto en revueltas con los colonos españoles. El siglo XVII fue testigo de las muchas sublevaciones del pueblo rarámuri, que atosigado por los misioneros católicos y desplazado de sus tierras por acción de los colonos, empuño las armas. Lanzas, cuchillos, arcos y flechas. Los extranjeros, temerosos de las flechas de los barbaros, cuya punta envenenada bastaba rosarles la piel para causarles una prolongada y angustiosa muerte, buscaban sobre todo someterles, pacificarles, a fin de hacer de ellos dóciles instrumentos de trabajo e hijos de la cristiandad.

De entre todas las conflagraciones, destacan las numerosas y sangrientas escaramuzas, cuantiosas para ambos bandos, encabezadas por Teporaca, el líder hachero. Ponce de León, rescata un manuscrito, fuente primaria que nos brinda la oportunidad de percatarnos por cuenta propia de la realidad de la época, realidad de la que da fe el Padre José Pascual el 29 de junio del año de 1651:

Los Naturales De aquel Valle efectuaron en dar sobre la Villa, matar á los moradores De ella y tambien al Padre que de nuevo les havia llegado, quemar, y abrazar sus edificios para que no quedara en donde en lo de adelante pudiese vivir ningún Español que aborrecían su vecindad en extremo.

Llegase el día de la execucion de su depravado intento amenazaron á vista de la Villa gran número de Enemigos acaudillados de un valiente y exforzado Capitan llamado Tiporaca que quiere decir el Achero que lo fue bien cruel.

Éste mismo manuscrito da cuenta del fin de la revuelta y detalla como el insurrecto Teporaca llega por fin a su deceso:

En este tiempo caminó algunas leguas el Gobernador por haver á las manos al motor de todo que al fin caio en ellas, luego lo sentencio á muerte y ordeno al Capellan del Exército lo dispusiese para morir á que acudió como devia pero el Achero no quiso disponerse pues ni se Confeso ni se arrepintió de lo hecho, antes estaba mui apesarado que los suios se hubiesen bajado De Paz. Con esta obstinación lo llebaron á un Arbol en donde lo ahorcaron y apenas havia dado su Espiritu á Satanas quando todos los Amigos lo empezaron á flechar.

Con este felix y deseado suceso empezó nuestro campo á marchar asi al Parral, y los que fueron admitidos de Paz les vino el castigo del Cielo pues los asalto una Peste tal que en muchas Rancherías no quedo persona viva con que han quedado los Tarahumares bien escarmentados para lo de adelante y se juzga que no se alzarán mas.

Así concluye acaso el único y ultimo Gran Héroe de la Nación Rarámuri. Su captura y su fin, producto de la traición, son paradójicamente similares pero al tiempo inversos a los sucesos que nos dieron patria allá en 1821, cuando Agustín de Iturbide, asignado a ser verdugo de Vicente Guerrero, da la espalda a los españoles consumando con ello la Independencia de México.

Tras la dolorosa derrota, el pueblo rarámuri cayó en un profundo letargo, hizo de sí y de su relación con el blanco, una lucha interna, en la cual, él se mantiene invicto. Los informes de los padres de la Compañía de Jesús Tomás de Guadalajara, José Tarda y Bernabé Francisco Gutiérrez, misioneros de Parral, rendidos al Provincial de su Provincia de Nueva España, fechados en el año de 1676, y publicados en 1910 por José María Ponce de León, dicen al respecto que:

El modo de encubrir esta gente barbara lo que les dicen estos Tlatoleros (Predicantes o hechiceros) es responder con una frase en su lengua diciendo quando les preguntan, nagoche, que es lo mismo que decir por eso mismo ó por que quiero: *verbi gratia*. Preguntándole ¿porque no te quieres bautizar? Responde nagoche; porque no me quiero Bautizar ó por que no quiero y assi es menester casi por milagro entonces sacarles otra palabra ó razon, y esto nos ha sucedido con muchos, (...) no es maravilla que teniendo tantos embustes metidos en sus cabezas nos tuviesen por mentirosos.

Dicho comportamiento generalizado sigue presente en las conciencias de los rarámuri. Es inherente a ellos. Solo la humildad, la sinceridad y la empatía, posibilitan al extranjero un real acercamiento; de lo contrario la realidad que de ellos se perciba será un espejismo. Realidad manipulada por ellos mismos, evidentemente; al negarle al invasor el conocerle de cerca, el conocer su esencia.

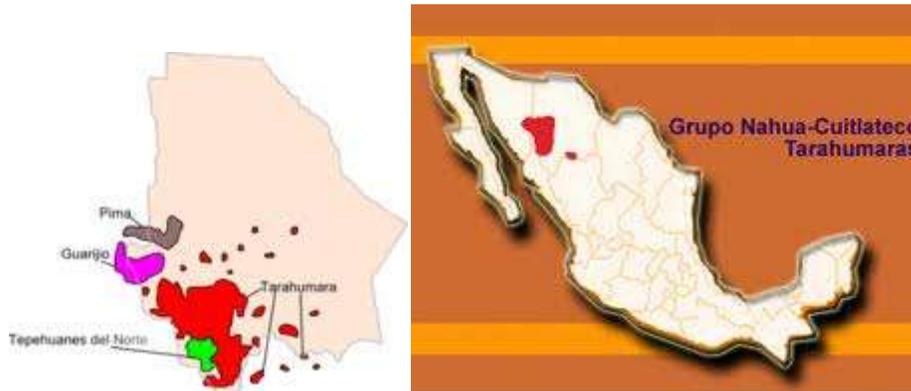
2. El contexto del pueblo rarámuri de principios de siglo XXI

El pueblo Rarámuri o Tarahumara en castellano, se encuentra disperso al norte de la Sierra Madre Occidental. Aunque originalmente habitaban las planicies del centro (León, 1910/1999).

Según el censo de población y vivienda del año 2000, realizado por el INEGI se calcula que en esta entidad federativa viven alrededor de 100,000 personas pertenecientes a la cultura Rarámuri, de las cuales aproximadamente unas 84, 000 viven a lo largo y ancho de la Sierra Tarahumara; siendo Guadalupe y Calvo, Balleza, Morelos, Guachochi, Batopilas, Urique, Guazáparez, Moris, Uruachi, Chínipas, Maguarichi, Bocoyna, Nonoava, Carichí, Ocampo, Guerrero y Temósachi los municipios de mayor concentración poblacional; el resto pertenece a grupos de inmigrantes que se han establecido principalmente en las ciudades de Chihuahua, Cuauhtémoc e Hidalgo del Parral. La

ilustración 1 nos permite apreciar el territorio estatal y el nacional sobre el cual se asienta el pueblo rarámuri o tarahumara, así como los otros tres pueblos originarios que aun luchan por su supervivencia y por conservar sus raíces prehispánicas.

Ilustración 1 Dispersión de la cultura Rarámuri sobre el territorio estatal y nacional.



La porción de la Sierra Madre Occidental que para los chihuahuenses se llama Sierra Tarahumara, es definida por historiador chihuahuense Francisco R. Almada en (Rodríguez, 1982/1994) cómo:

Este gran macizo montañoso tiene en Chihuahua... una extensión superficial de 64,917 kms² de los cuales corresponden 20,022 a la zona de los barrancos formada por los ríos que se internan a los Estados del occidente, siguiendo una dirección oeste y suroeste.

Lo anterior nos obliga a diferenciar entre la Alta y la Baja Sierra Tarahumara, regiones contrastantes en cuanto a flora, fauna y clima se refiere. Por un lado, la Alta Tarahumara se eleva por arriba de los 2,500 metros sobre el nivel del mar, siendo el cerro Mohinora, en el Municipio de Guadalupe y Calvo, su pico más alto, el cual supera los 3,500 metros de altura; esta región, se caracteriza por una vegetación predominantemente de coníferas entre la cual encuentran su habitat animales silvestres como el venado y el coyote, la víbora de cascabel y el guajolote. Su clima en verano mueve el termómetro hasta los 30 grados centígrados, a diferencia del invierno donde la temperatura llega a superar los 20

grados bajo cero. La región de la Baja Tarahumara, tiene elevaciones sobre el nivel del mar que oscilan entre los 400 y los 800 metros; su clima es benigno en invierno y en verano es extremadamente cálido, llegando incluso a superar los 40 grados centígrados (Rodríguez, 1982/1994); es común encontrar en los jardines y patios de las casas árboles frutales como el aguacate, el naranjo, la papaya, el mango y otras tantas lujuriosas especies de plantas; también es cierto, que más allá, a cierta distancias de los poblados, en vaguadas y recovecos, encontramos también abundantes huertos ilícitos.

Estas dos regiones en que se divide la vasta Sierra Tarahumara, la región Alta y la región Baja, marca significativamente a la población mestiza e indígena. El mestizo del barranco es cálido y fraternal, mientras que es de las partes altas es frío y receloso; misma condición marca al indígena.

3. El rarámuri de principios del siglo XXI

Ponce de León (1910/1999) y otros tantos investigadores aseguran que la filiación étnica del rarámuri es *nahoa*. Su alfabeto consta de 19 letras: a, b, ch, e, g, i, j, k, l, m, n, o, p, r, s, t, u, v, y. Siendo las vocales (e, i) tan suaves y poco marcadas que a menudo se confunden (León, 1910/1999). Ejemplos de esto último son: *yumare* ó *yumari*; *Pauichike* ó *Pauichiki*, que castellanizado sería Pahuichique.

Respecto a la cultura del pueblo Rarámuri, es debido iniciar matizando una problemática que aqueja, acaso, profundamente la realidad de la población indígena del mundo entero. El tema de la aculturación es quizá la problemática común de todas las comunidades indígenas del orbe, sin excepción. La vulnerabilidad de la cultura dominada ante la imposición de la cultura dominante, se manifiesta desde los anales de la historia de la humanidad y en todos los contextos. La aculturación ha rebasado el tiempo y el espacio.

Acá, en nuestra nación morena, en México, nos es significativa la férrea defensa de las tradiciones que los pueblos originarios han hecho desde la época de la conquista (Fuentes, 2008). Batalla que poco a poco se ha ido perdiendo, más ahora con el bum de las telecomunicaciones.

En las comunidades indígenas, los adultos, sobre todo los mayores, ven con tristeza como las nuevas generaciones están siendo cautivadas por esa cultura dominante. En voz de los viejos rarámuri se diría que los jóvenes cada vez más rápido se están *achabochondo*. Ya no quieren integrarse. Ya no les gusta la fiesta rarámuri. Bruno Baronnet (2009: 11), en su tesis doctoral refleja el sentir de los adultos lacandones de Chiapas, México:

La necesidad de beneficiarse de una “educación verdadera” que responda a sus demandas y problemas cotidianos, en términos de aprendizaje de contenidos colectivamente valorizados, verificables de manera pragmática por los padres y abuelos. Estos últimos, muchas veces analfabetas, se muestran generalmente entusiastas en torno a los planteamientos de la educación autónoma, porque representan, a sus ojos, la posibilidad de revitalizar la lengua y la cultura popular. En efecto, las jóvenes generaciones tienden a abandonar y transformar las tradiciones regionales para adoptar valores de la modernidad y normas sociales que vehiculan las clases populares mestizas, tanto rurales como urbanas.

Esta dolorosa realidad no es exclusiva de los indígenas chiapanecos, es común entre las culturas originales. La citada aculturación, lejos de enriquecer o retroalimentar la cultura, la pervierte. Es común encontrarse a jóvenes que salen de su comunidad en busca de trabajo, ya sea como jornaleros, como estibadores o ayudantes de albañil, como empleados domésticos, incluso como trabajadores en los cultivos de enervantes; tiempo después regresan transformados, tanto en apariencia como en comportamiento. Dicha transformación comúnmente va en detrimento de aquel mismo joven, de su familia y de la comunidad en general, pues inconscientemente se convierte en agente de cambio, en

sujeto aculturizante. A demás, muchos de estos jóvenes rarámuri dejan de utilizar su lengua materna y otros tantos vuelven convertidos en adictos a alguna sustancia psicotrópica. Definitivamente, esta degeneración impacta también la convivencia interpersonal, trasgrediendo con ellos la valía de la cultura autóctona.

Empero, existe otro agente aculturizante que poco a poco y muy sutilmente se ha ido insertando en la dinámica comunal de la sociedad rarámuri. Este agente no es otro que la propia escuela. Escuela que cumple el objetivo que desde los tiempos de la colonia la elite en el poder se trazo como meta; posteriormente, tanto conservadores como liberales inmersos en la creación de un prototipo de mexicano que fuese reconocido y aceptado por las naciones del mundo, implementaron como política interior el advenimiento de todo lo indígena, de todo lo que fuese asociado a la derrota y al atraso.

A la luz de lo anterior, la postura de la escuela puede adquirir un carácter revolucionario, freireano; no obstante, sea cual sea la postura social del desempeño docente, su labor se verá acotada por entes superiores que están lejos del alcance de sus manos. Al respecto, los investigadores estadounidenses Gustavo Esteva y Madhu Suri Prakash (1998) señalan que:

A pesar de las auténticas preocupaciones de ciertos educadores en sus esfuerzos por preservar las culturas, la educación multicultural puede ser considerada como un oxímoron, porque en cierto sentido una cultura puede no estar adecuadamente encarnada, conservada, o transmitida por una institución diseñada para transmitir la cultura dominante.

Ante esta cruenta realidad, la escuela y sus docentes deben fijar acciones que les permitan revertir tan ignominiosa evidencia, para ello, es preciso ir más allá, allende los límites de la

institución educativa y palpar el contexto local a fin de inferir e ingerir en él. Todo por el ánimo de aportar a la causa indígena, todo para cambiar, aunque sea, un poco la historia.

Fue el mismo José María Luis Mora (Chávez, 2003), quien durante la conceptualización y construcción de una identidad única que diera rostro propio a la insipiente nación mexicana, trazo el destino de las culturas indígenas en México al sentenciar que:

Los indios, al fin tendrían la misma suerte (que los negros) y se fundirían en la masa general, porque el impulso está dado y no es posible contenerlo ni hacerlo cambiar de dirección; pero será más lentamente, y acaso no bastara un siglo para su total terminación.

Más adelante en la historia, durante el Segundo Imperio, Francisco Pimentel, citado en (Chávez, 2003), exhorta a los indígenas mexicanos invitándoles a que “olviden sus costumbres y hasta su idioma mismo si fuere posible. Sólo de este modo perderán sus preocupaciones y formaran con los blancos una misma masa homogénea, una nación verdadera”. Ya en pleno Porfiriato, Francisco Belmar, citado igualmente en (Chávez, 2003), sugiere al propio Porfirio Díaz estudiar “las razas indígenas de México para procurar su evolución”.

Así desde las primeras décadas del siglo XIX la hispanización o castellanización del indio, del sujeto que estorba a los planes de desarrollo del país, cobro nuevos bríos. Jorge Chávez (2003) subraya que para lograr “conformar una sola nación con una identidad igual para todos sus habitantes” era necesario “eliminar todas aquellas identidades que obstaculizaran su desarrollo”, tal fue la consigna, que quedo grabada en la memoria de nuestras autoridades pasadas y presentes.

A la luz de la retórica política y del doble discurso de la clase dominante (Freire, 1972/1999) que por un lado habla del respeto y perpetuidad de las culturas originarias y, por el otro, promueve su advenimiento y erradicación, los pueblos indígenas intentan evitar caer en la trampa que las sirenas les tienden cuando entonan sus voluptuosos cantos homicidas. Canto fructífero el de estas modernas sirenas, pues muchos jóvenes día a día caen rendidos ante tal seducción. Es aquí donde el docente debe cuestionar su papel dentro de la comunidad rarámuri: o es un tinterillo al servicio del Sistema monopolizador y aculturante; ó bien, es un colaborador, un embajador, al servicio del pueblo rarámuri con el cual convive; ó tal vez, se desempeña al puro estilo del escritor Taylor Caldwell en la novela El abogado del diablo.

Para el rarámuri la vida se debe a la gratitud de *Onorúame*, nombre que dan a su dios, y por eso es menester de todos honrar tan significativo regalo. El rarámuri vive el devenir de los días en apacible calma y armonía con el universo pues es plenamente consciente de que la vida que él goza así como la del resto de las criaturas del mundo son el presente que su dios les ha dado. Vive el hoy a plenitud. No vive presionado, pensando en el futuro incierto; ¿para qué ser como el *chabochi*, como el blanco, como el peludo, que junta y junta cosas que no podrá llevarse con él cuando muera? Tampoco se rasga las vestiduras tratando de analizar el pasado, no; ¿para qué una compleja disertación acerca de lo que ya pasó y no tiene remedio? En pocas palabras, el rarámuri es simple, sencillo y pragmático. Si tiene que comer, bien, sino, también. Si hace frío o llueve y no tiene donde y como mantenerse al margen de las inclemencias del tiempo, ni hablar. Si está cansado y debe seguir, pues sigue; sino, deja todo y descansa. Si se enferma y sabe como curarse, se cura; si no logra sanar, ni hablar, ya le tocaba cargar con esa enfermedad, o bien es su turno de padecer y morir.

En ellos todo es así. Extremo e intenso. Viven en extrema precariedad, a nuestros ojos, porque para ellos vivir en esas condiciones es lo habitual, es su estilo de vida; practican

deportes extenuantes desde temprana edad; caminan por interminables senderos para ir de una rancharía a otra o para asistir a la iglesia de la comunidad centro, misma donde comúnmente se encuentra también la o las escuelas; trabajan de sol a sol, cuando hay que trabajar, cuando no simplemente pasan largos periodos de tiempo al sol, sencillamente contemplando lo que su vista les permita; sus festividades son maratónicas, una *tesgüinada* puede prolongarse hasta por una semana entera; beben y se embriagan hasta la saciedad, hasta perder el conocimiento, luego vuelven en sí y continúan embriagándose, así completan nuevamente el ciclo hasta que al cabo de varios días por fin el *tesgüino* o *batari* se agota y cada quien regresa a su casa a continuar con su rutina acostumbrada. Así transcurre la vida del rarámuri, sin sobresaltos y sin grandes aspiraciones aparentes.

Conclusión

Tratar con seres humanos que difieren de la cosmovisión propia va más allá de la empatía y la tolerancia. Verdaderamente hay que conocerles para entenderles, hay que vivirlos para comprenderlos. La historia, los usos, las costumbres y las tradiciones de equis pueblo, son elementos socioculturales que facilitan el acercamiento, la integración y la permanencia del docente y/o del investigador.

El rezago educativo y el alto grado de marginación deben ser para el docente que trabaja con grupos vulnerables, específicamente con tribus indígenas, más que un mero dato estadístico, es un área de oportunidad; debe exigirse ir más allá de su práctica pedagógica e involucrarse del contexto, si no lo hace como puede aspirar a ser un servidor público, como sus tratamientos pedagógicos logran la coherencia y la congruencia de su papel libertario. El rarámuri no pidió escuela, pero ahí está; que vamos a hacer con ella, es una

pregunta que no puede responder el Sistema, sino cada uno de nosotros, los que estamos en aquellas latitudes.

Somos los docentes pueblo, pueblo venido a más, tal vez, sea como sea, somos pueblo al servicio del pueblo. Ha sido el pueblo rarámuri el que motivo este esfuerzo ontológico.

Bibliografía

Acevedo, M. J. *Los abordajes autobiográficos en la investigación/intervención y formación en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Equipo de cátedras del Prof. Ferrarós de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires .

Balmes, J. *El Criterio*. París: Garnier Hermanos.

Chávez, J. C. (2003). *Los indios en la formación de la identidad nacional mexicana*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Ferrarotti, F. (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 14, núm. 44 , 15-40.

Freire, P. (2002). *Educación y Cambio*. Buenos Aires.

Freire, P. (1972/1999). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fuentes, C. (2008). *El espejo enterrado*. México: FCE.

Grand, R. E.-L. (2009/2010). Historias de vida, investigación y crítica existencial. *Cuestiones Pedagógicas*, núm. 20 , 69-90.

Heidegger, M. (1927). *Ser y Tiempo*. www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

León, J. M. (1910/1999). *Reseñas históricas del Estado de Chihuahua, Edición Facsimilar*. Chihuahua: Gobierno del Estado de Chihuahua.

Lumholtz, C. (1904). *El México desconocido, edición facsimilar*. México: INI.

Miguel, M. M. (1997/2007). *El paradigma emergente. Hacia una nueva teoría de la realidad científica*. México: Trillas.

Prakash, G. E. (1998). *Escaping Education: Living as learning within grassroots cultures*. New York: Peter Lang Publishing.

Rodríguez, L. G. (1982/1994). *TARAHUMARA. La sierra y el hombre*. Chihuahua: Editorial Camino.

Tarahumara, C. E. (2009). *Pueblos Indígenas de la Sierra Tarahumara*. Chihuahua: Gobierno del estado de Chihuahua.